

EL INGENIERO

DISCURSO PRELIMINAR

que leyó el ciudadano Coronel de Ingenieros

FRANCISCO JOSÉ DE CALDAS

El día en que dió principio al curso militar del cuerpo
de ingenieros de la República de Antioquia

1814

Nota: Este libro se transcribió exactamente igual al original, respetando la ortografía y la redacción utilizadas en la época.

La ciencia del Ingeniero es inmensa: abraza todos los ramos de la guerra, y parece que se detiene con preferencia en los más sublimes: su objeto es oponer al enemigo obstáculos invencibles, sorprenderlo, aterrarlo, vencerlo, y al mismo tiempo defender la Patria, derramar el consuelo y la seguridad en el corazón de sus conciudadanos, y en fin, hacer respetar y temer de todos al Estado. Este es el alto destino, jóvenes estudiosos, á que os llama la República: este es vuestro patrimonio, y está la mies preciosa que debéis cultivar para ofrecerla dentro de poco tiempo frutos sazonados. Vosotros sois su esperanza, no la frustéis por inaplicación ó por pereza. Fijad, yo os lo ruego, vuestros ojos sobre la brillante perspectiva que os ofrece la carrera de honor y de virtudes que hoy abre para vosotros la Patria. La América, ántes subyugada y esclava, dependiente hasta en las menores cosas del duro peninsular, no necesitaba de ciencias, de artes, de guerra, de héroes, ni de virtudes. Al siervo le bastaba sumisión y una obediencia ciega. pero hoy libre, independiente, y que marcha con pasos gigantescos á la cumbre de la grandeza y de la prosperidad, que ya está al nivel de los imperios, tiene una urgente necesidad de formarse hombres ilustrados, de domiciliar las ciencias y las artes, de fortificar sus fronteras, criar ejércitos, artillería, y sobre todo formar soldados llenos de valor y de virtudes. Vosotros estáis destinados, jóvenes ilustres, á ocupar los primeros puestos en los ejércitos, vosotros sois los elegidos para llevar el terror y el espanto al corazón feroz y sanguinario del español que quiere subyugarlo: vuestras manos van á levantar trincheras inexpugnables: y vuestro genio va á tener honor de trazar los planes que deben dar seguridad y vida á vuestra patria. ¿Qué destino ni más glorioso, ni más grande podrías inventar vosotros mismos para satisfacer vuestra imaginación ardiente, ni vuestro corazón ansioso de gloria y de virtudes? Toda la prosperidad de que es capaz la carrera de las armas está hoy en vuestras manos, y solo de vosotros depende el cosechar laureles, gloria inmortal y virtudes que pasen de generación en generación, cubriéndoos de bendiciones, y llevando vuestra memoria siempre querida á todos los pueblos de la América. En vuestras manos está grabar sobre monumentos duraderos vuestros nombres, y hacerlos resonar desde la bahía de Baffin, hasta la Tierra del fuego, y desde la embocadura del Amazónas hasta las costas del Perú. En vuestras manos está nivelarlos con el mérito ilustre de Bolívar, Girardot, Mariño, Rivas, Macaulay ... Solo necesitáis vencer vuestras pasiones, conquistar virtudes y prestaros con docilidad á mis consejos. Una conducta irreprochable, un estudio continuado y reflejo, son los caminos que llevan á la gloria. No os engaños, jóvenes, solo la virtud y los conocimientos merecen el aprecio público, solo ellos pueden mereceros la estimación general y la beneficencia del gobierno. Yo quiero hoy trazaros, aunque sea en compendio, las virtudes militares con que debeis adornar vuestros corazones y los conocimientos con que debeis enriquecer vuestro entendimiento para que algún día se diga que sois soldados dignos de defender la Patria.

El Honor es la primera virtud militar: el honor debe llenar todo el corazón de un soldado: el honor debe ser el ídolo querido del hombre de guerra: el honor es el resorte vigoroso que da calor, movimiento y vida á todas las operaciones: el honor es el que arrastra todos los peligros, el que puebla el campo de batalla, el que hace sufrir con alegría las vigilias, el hambre, la sed, la desnudez y todas las inclemencias de la estación: él es el que, haciéndonos olvidar de nosotros mismos, entrega con una generosidad incomprensible la sangre y la vida á la Patria, á esta Patria querida para quien habeis nacido: el honor es, en fin, el que nos hace celosos, activos, vigilantes, humanos, modestos, fieles, compasivos, generosos... En una palabra, el honor nos hace virtuosos, y nos eleva sobre el resto de los demás hombres, nos inmortaliza y nos hace vivir en la posteridad.

Ya me parece que leo en vuestros semblantes los deseos ardientes de poseer esta virtud preciosa, y me parece que cada uno de vosotros me dice: ¿qué cosa es ese honor? ¿Qué es esa gloria? Yo quiero satisfacer vuestros deseos, y aún más, quiero grabar en vuestro espíritu ideas puras y exactas del honor.

El honor en general y respecto del que le obtiene, no es otra cosa, y consiste esencialmente en el cumplimiento exacto de las obligaciones que nos imponen la Religión, la Naturaleza y la Sociedad; pero respecto á los demás, es la reputación, ó concepto ventajoso que formamos de las virtudes de aquel. Un hombre que falta á Dios, que no oye los gritos de la naturaleza, y que hace traición á su Patria no tiene honor. ¿Cómo puede tenerlo el que no adora en espíritu y en verdad al Autor de su sér y al Creador del Universo? ¿Cómo puede tenerlo el que ataca y pisa su ley santa? ¿Cómo puede ser honrado el que no respeta y consuela á los que le engendraron? ¿Cómo el que mira con indiferencia la suerte de su Patria? No creais tampoco juvenes, como cree el vulgo, que solo los grandes crímenes y los vicios groseros están en contradicción con el honor. El asesino como el que estafa, el calumniante como el detractor de pequeñeces, el traidor, como el apático... todos carecen de honor porque todos faltan á sus deberes. En una palabra, solo tiene honor el hombre de bien, y solo es hombre de bien el que cumple fielmente con todas las obligaciones que le imponen la Religión, la Naturaleza y la Sociedad.

De este principio indestructible deducireis con facilidad que el *honor militar respecto del que obtiene, no es otra cosa, y consiste esencialmente en el cumplimiento exacto de todas las obligaciones que le impone la noble profesión de las armas; pero respecto á los demás, es la reutación, ó concepto ventajoso que formamos de las acciones militares de aquel.* El soldado que estudia los elementos del arte de la guerra, que se penetra de las leyes militares, y que no vale más, que las observa en público y en privado, que del mismo modo obra con testigos que en la soledad, que es fiel, sumiso, activo, celoso, obediente, infatigable... ese es el soldado de honor. El que descuida ilustrarse, el que viola la ley, el que obra más por temor que por principios, el que descuida, el que duerme, el que huye del trabajo, el que tiembla á la vista del peligro, el

que obra por capricho y no por los preceptos de los jefes... ese soldado no tiene honor. Ahora quiero yo, jóvenes, haceros esta pregunta ¿quereis tener honor? Pues cumplid con religiosidad las obligaciones que os impone vuestro estado, arded en deseos de ilustraros, aplicaos con tesón al estudio de las ciencias militares, velad, trabajad, obedeced. Este es, creedme, el único camino que conduce al templo del honor: sobre este sendero sin desviarse marcharon siempre los Condé, los Turenas, los Luxembourgs, los Saxes, los Eugenios, los Montecucúlis... que hoy cubiertos de gloria y de laureles llenan los fastos de la historia. Este es el camino que en vuestra profesión siguieron Pagan, Deville, Coehorn, Vauban y todos los hombres de genio que supieron profundizar y elevar el arte de la fortificación hasta el grado de una ciencia, y levantar monumentos sobre los cuales leemos todavía sus nombres inmortales.

Hay un honor falso hijo del capricho y de las preocupaciones, no solo del vulgo estúpido, sino de las naciones más ilustradas. Yo quiero ponerlos, jóvenes, á cubierto de estos errores peligrosos, y enseñaros que así como hay un honor verdadero, hay otro vicioso y degradante, y que así como debeis buscar el primero debeis huir del segundo.

El falso honor toma al vicio por virtud, y confunde con torpeza estas extremidades morales. Un jónen militar, por ejemplo, cree dregradarse, cree envilecerse y faltar á lo más sagrado de sus deberes si no admite un desafío. Otro piensa que no es dado al militar sufrir la menor falta, ni el más pequeño agravio de sus conciudadanos: que es preciso vengarlo todo con la espada so pena de pasar por un cobarde y por un soldado sin honor. ¡Honor infame! ¡Moral absurda! ¿Quién ha concedido á ese militar, en el primer caso, el derecho de exponer su vida y su existencia que solo debe á su Patria? ¿Quién le ha concedido, en el segundo, el derecho de atacar, de herir y de matar á sus hermanos por que le irrogaron una ofensa leve, y las más veces porque le faltaron á una ceremonia de convención, siempre frívola, á los ojos de la filosofía y de la razón? ¡Qué! ¿Al soldado no lo liga la ley de su conservación, ni la suprema de la caridad? ¡Qué! ¿El sufrimiento, la modestia, la paciencia, la dulzura, estas virtudes que tanto han caracterizado á los grandes hombres y á los mayores Capitanes deben huir del corazón del soldado? ¡Qué! ¿Ese aire altivo, intolerante, esas miradas oblicuas y de desprecio, ese orgullo insensato, esa disposición siempre pronta á injuriar, zaherir, ultrajar, puede jamás ser honor? No, jóvenes queridos, no es honor poseer esos vicios abominables. Por la opuesta será siempre honrado el militar que reserve su vida para sacrificarla en la defensa de la Patria, y que responda al temerario que provoque el duelo: *no, no acepto: yo no puedo disponer de tu existencia ni de la mía, sino para defender á mis conciudadanos: si te hallas agraciado tenemos leyes y tenemos jefes que nos harán justicia.* Será siempre honrado el militar que, superior á toda preocupación de ceremonia, sepa sufrir y aún despreciar las faltas de etiqueta: será muy honrado si es humano, compasivo,

atento y siempre moderado. No olvideis jamás, jóvenes, este principio luminoso: *el honor es incompatible con los vicios.*

Hay otro punto de honor falso aún más abominable: tal es el creer que es un heroísmo quitarse la vida en las extremidades de una derrota. Desbarre como quiera el filósofo de Ginebra, ¹ empeñe toda la vehemencia de su elocuencia en hacer la apología de suicidio, jamás persuadirá á un hombre razonable y juicioso á poner fin á sus días con sus propias manos. El sabe, y lo sabe bien, que solo el que le dió la vida puede disponer de sus existencia: él sabe y sabe bien que ofendería al Autor de su sér, que contrariaría las intenciones de la naturaleza, y las de la sociedad si atentase contra la vida. Bien lejos, jóvenes, de ser un heroísmo el suicidio, es una verdadera cobardía. ¿Podrá llamarse héroe el que no ha podido sobrevivir á una desgracia? ¿Podrá ser héroe el que no tiene valor para sobrellevar los insultos y baldones de un enemigo cruel, bárbaro, estúpido y sanguinario? En conclusión, no hay caso en que nos sea ilícito el suicido, y nosotros jamás podemos, sin ofender al Criador, destruir la obra de sus manos.

La gloria militar es el resultado de una conducta constante y religiosamente ajustada á los principios que prescribe el honor: Pero ¿en qué consiste esa gloria? Todos hablan de gloria y ninguno la define. En todos los libros se leen estas y otras frases semejantes tan vagas como sonoras: *sólida gloria, gloria inmortal, gloria verdadera, acciones gloriosas...* Más ¿qué es gloria? Oídme, jóvenes, con toda vuestra atención porque la materia es importante. *La gloria en general es el testimonio de nuestra conciencia que nos dice: habeis obrado bien y habeis llenado todos los deberes que os imponen Dios, la Naturaleza y la Patria. La gloria militar en particular es el testimonio de la conciencia que dice el soldado: has obrado bien, has llenado todos los deberes de tu profesión ilustre, nada has omitido para defender la Patria: estudio, celo, valor, combinación, actividad; todos los resortes, todos los medios de vencer al enemigo los has puesto en movimiento: goza, pues, ahora, sí, goza de este dulce consuelo, la más grande de todas las recompensas debidas á la virtud y al mérito¹. Sí, nuestra gloria es el testimonio de nuestra propia conciencia².* Estas dos palabras de uno de los mayores hombres de que puede gloriarse el cristianismo, y cuyos escritos inmortales hacen parte del Código sagrado, valen más que todos los discursos de los filósofos, antiguos y modernos. ¡Cuántos delirios sobre la gloria! ¡Cuántos escritos para buscar la verdad! Este filósofo nos dice que la gloria de un héroe es el reconocimiento público: aquel que consiste en ver su nombre escrito en todas las páginas de la historia; ese otro que en monumentos, en arcos triunfales, en estatuas para vivir en la posteridad: otro

¹ J.J. Rousseau

¹ Bien sabemos que esta definición no agrada á muchos que creen que la gloria consiste en el placer que percibimos al ver que hemos adquirido una brillante reputación: que es la complacencia que sentimos cuando nos vemos admirados y elogiados de los otros, lo que produce elación de espíritu, orgullo, hinchazón de corazón que tanto lisonjea el amor propio. Sí, á la verdad, esta también es gloria, pero VANA é indigna de los militares tan virtuosos como Turena.

² San Pablo.

en fin nos asegura que las aclamaciones, las recompensas, los puestos elevados, las distinciones de honor i las riquezas hacen la felicidad y la gloria de los guerreros victoriosos. Pero, jóvenes, todos esos filósofos se engañan. La gloria militar es la recompensa de la virtud, y á la virtud no la pueden recompensar monumentos perecederos, que desaparecen como la sombra, y que están bajo el imperio de los siglos y del tiempo. La virtud es eterna, y su recompensa debe igualar a su duración. ¿Cómo la virtud pura y sin mancha, la virtud en que se complace el Sér Eterno, y que es el objeto de las inteligencias celestiales, la virtud que descendió de las alturas había de tener por digna recompensa, un poco de bronce, una piedra, una inscripción, un libro, la plata, el oro y todas las riquezas del universo? No, recompensas más duraderas, recompensas tan inmortales como la virtud, son las que le están preparadas al hombre que, sacrificando todo su sér, ha salvado su patria, y en ella á sus conciudadanos. El dulce testimonio de su conciencia, el dulce sentimiento interior de haber llenado todos sus deberes á los ojos de Dios y de los hombres, el placer sublime de verse autor de tantos bienes, ese júbilo puro y sin mezcla, que más parece un principio de bienaventuranza, que un sentimiento humano, la paz, el consuelo, la serenidad del corazón, un corazón anegado en las delicias de la virtud, que solo pueden reconocer y sentir las almas justas, esta es la recompensa verdadera del héroe, y éste debe ser el objeto perpétuo de sus deseos y de sus fatigas militares. Sombra respetable de Turena, Turena virtuoso, tú que tantas veces salvaste á tu Patria, tú que tantas veces victorioso hiciste temblar á las potencias enemigas de la Francia, yo te invoco en este momento. ¿No es cierto que el ídolo de tu corazón fué siempre la virtud? ¿No es cierto que satisfecho con el testimonio de tu conciencia de que hacías la esencia de tu gloria, huías de las aclamaciones en los triunfos? Grande en las batallas; pero aún más grande en la modestia, en la humildad, en la moderación y en el olvido de tí mismo. Jóvenes, este es vuestro modelo, estudiadlo y haced esfuerzos generosos para imitar sus virtudes. Su nombre, amado de todos los guerreros, llena la tierra, porque Dios sabe elevar á los humildes y los sabe cubrir de gloria en todas las generaciones.

Así como hay un honor falso, hay una gloria falsa. El General que obra más por su reputación que por su Patria, que más ama las aclamaciones, las estatuas, los monumentos y la fama que salvar á sus conciudadanos; que subordinándolo todo á su ambición sacrifica al soldado, precipita las operaciones de la guerra con atolondramiento y con furor, que sin circunspección y sin prudencia ataca con fuerzas superiores puntos difíciles, derramando torrentes de sangre por un ramo de laurel, este General no sólo no tiene gloria, sino que á los ojos de la justicia es responsable á Dios y á su Nación en el seno mismo de la victoria de las de los soldados que ha sacrificado á su loca vanidad. ¡Cuántos remordimientos no deben despedazar su corazón! Él querrá huir de sí mismo, él procurará acallar el testimonio de su conciencia que formando su suplicio le dice: ¡Insensato! ¿Por saciar tu orgullo has degollado con crueldad á tus hermanos y has expuesto la gloria y la felicidad de tu Nación? ¡Bárbaro! ¡Qué! ¿Pensabas vivir en la posteridad al lado de grandes

Capitanes? Sí, vivirás en efecto, pero para contrastar las grandes virtudes de aquellos héroes con tus vicios: sí, vivirás para merecer el desprecio y el odio de todas las generaciones: sí, la historia imparcial te pasará de siglo en siglo para mostrar á todas la Naciones tu orgullo, tu vanidad y tus errores. ¡Oh jóvenes! gravad profundamente en vuestros corazones estas últimas cláusulas. No busqueis con precipitación y con ánsia la gloria militar: caminad con firmeza sobre las huellas que os dejaron Turena, Condé, ... practicad siempre la virtud, cumplid siempre con los deberes que os impone vuestra profesión y dejad que la gloria venga por sí misma y cuando la ocasión se presente. Este era el consejo que daba el gran Bossuet á los Generales de su tiempo, y éste el que el ilustre Fenelón dió al Duque de Borgoña, su discípulo: *guardaos bien, le dice, de buscar la gloria con impaciencia. El verdadero modo de hallarla es esperar tranquilamente la ocasión.*¹

Para llenar dignamente las obligaciones delicadas de vuestra profesión, necesitais, jóvenes, del *valor militar*. El valor es una virtud capital en el soldado, virtud que debe alimentar y practicar en todos los momentos de la vida. *Soldado y valor*, voces sinónimas, tan estrechamente unidas entre sí, que no se puede nombra á la una sin traer á la memoria la otra. Un soldado sin valor es el objeto más despreciable de la sociedad. Antes se burlarían los hombres con paciencia á un Magistrado sin probidad, á un político sin la ciencia en el corazón, que á un militar pusilánime y cobarde, porque la Patria está vendida en sus manos y sólo le falta la ocasión para entregarla á las llamas y al furor de sus enemigos. Oidme, jóvenes militares, con toda vuestra atención y aprended en qué consiste el valor y cómo es una virtud.

El valor militar es aquella fuerza de corazón ó de espíritu con que arrostramos todos los peligros, es aquel vigor enérgico y sublime con que nos sacrificamos enteros á la gloria y á la felicidad de la Patria. Este es el verdadero valor y el único que os podrá dar una gloria sólida y el reconocimiento de vuestros conciudadanos. Para que el valor militar sea una virtud es necesario que diste tanto de la cobardía como de la temeridad. El temerario se arroja sin examen, jamás consulta las fuerzas del enemigo, jamás calcula sobre los resultados de su empresa, ni sobre las ventajas que debe esperar su Patria del sacrificio de su vida. Fogoso, atolondrado y no valiente, consultando á su humor y no á la común utilidad, es víctima de su furor y de su imprudencia, es más bien un suicida que un héroe, es un insensato que desprecia la vida, es una bestia feroz, que quiere nadar en sangre, y que solo es animado por un ardor mecánico y brutal. El verdadero valiente, al contrario, es circunspecto, medita, ya, viene, da mil vueltas al rededor de sí ántes de arrojarse en el peligro; pero así que ha tomado su partido, así que ha visto que sus sacrificios son necesarios y ventajosos á la Patria, nada le detiene, todo lo arrostra; pero lo arrostra á sangre fria y con un ánimo sereno. Poseyéndose siempre á sí mismo; dueño de su corazón jamás se turba, aprovecha las ocasiones y los errores del enemigo, y si tiene mando, da ordenes oportunas y sabias que le aseguran la victoria.

¹ Telémaco, libro 5º.

Reuniendo el ardor del soldado á la prudencia y al discernimiento de un General, tiene presencia de espíritu, moderación, y si quereis, paz y tranquilidad en medio de las batallas. Jamás deja su puesto, jamás turba el orden, jamás se deja poseer de aquella loca ambición de señalarse con temeridad, saliendo de los preceptos de sus Jefes. Primero de dejaría degollar que exponer la seguridad común ó alternar la disciplina. Ama más á su patria que á sí mismo, ama más la gloria de su Nación que la suya propia, y todos los golpes de su espada, todas las miras de su genio marcial no tienen otro objeto ni otro fin que la Patria, la felicidad de la Patria, y la Patria es el idolo á quien sacrifica todo su sér y su existencia.

¡Oh juvenes! oidme bien, os repito. Antes de arrojarnos en los peligros prevedlos, calculadlos, temedlos; pero cuando la Providencia os ponga en medio de ellos, cuando el honor y la virtud os manden ir á buscarlos, entonces elevad vuestra alma, despreciadlos todos y manifestad un corazón más grande que todos los males y que todos los peligros. Que nada os altere: inflamaos con la esperanza de la gloria futura: atacad, herid, degollad, haced correr rios de sangre enemiga y sostened con acciones generosas una alta reputación de valor sensato y verdadero: peced más bien en el combate ántes que sobrevivir al oprobio que arrastra tras de sí la cobardía. Pero aún degollando al enemigo de la Patria conservad siempre moderación, humanidad, justicia: conservad siempre el imperio de vosotros mismos y sabed ser generosos y por tanto grandes con vuestros enemigos. Acordaos en los transportes de la victoria que el rendido, el prisionero, el moribundo, han dejado ya de ser vuestros enemigos: acordaos que son vuestros hermanos y desplegad con mano liberal todos los oficios que dicta la compasión y manda el Evangelio: que no salga de vuestra boca ninguna palabra injuriosa: no deis en rostro con su debilidad y su derrota: temblad, temblad, juvenes, de añadir amargura al afligido. Demasiado ha castigado ya su temeridad, vuestra espada victoriosa en el campo de batalla: ahora enjugad sus lágrimas, suavizad su suerte desgraciada y haced, por una conducta generosa, que esos mismos á quienes aterrasteis en el combate, admiren después vuestra clemencia y vuestra humanidad. Arrancad, á fuerza de bondades, el dulce reconocimiento de unos corazones abatidos: aplicad vosotros mismos el bálsamo y la venda á las heridas que hicieron vuestras manos. ¡Ah juvenes! Qué grandes aparecereis á los ojos de los vencidos! ¡Qué grandes á los ojos de la razón y de la virtud! Si fuisteis héroes en el campo de batalla venciendo, sereis más que hombres cuando consoleis á los cautivos. No olvideis jamás que la verdadera grandeza consiste en ser humanos, dulces, compasivos con los desgraciados. ¡Dichosos si aprendeis bien la lección! ¡Más dichosos todavía si la practicais en todas las ocasiones de la vida! ¡Dichoso yo también si en algo he contribuido con mis lecciones para haceros humanos y virtuosos.

Todas las cualidades militares por brillantes que fuesen en vosotros se marchitarían, juvenes, si faltaseis á la fidelidad á vuestra Patria. ¿Qué cosa más negra que la traición? ¿Qué cosa más distante del

honor militar? Apartad de vosotros hasta la idea de este crimen abominable: sed fieles, sí, jóvenes, sed fieles á vuestros juramentos y pedid ántes un rayo al cielo que faltar á las promesas sagradas que habeis hecho á la Patria. La Patria es una madre tierna en cuyo regazo creceis para volverla en edad más avanzada servicios importantes. Faltarla sería faltar al reconocimiento: faltarla sería clavar el puñal en su pecho generoso. Nadie os puede disolver los vínculos que teneis contraidos con la Patria, y nada puede excusar una traición. Vivid, jóvenes, vivid siempre fieles á la Patria: marchad al enemigo, atacadlo, vencedlo para salvar la Patria, recibid heridas, espirad, si es preciso, en la batalla para salvar á esta misma Patria. ¡Qué dulce es morir fielmente por la Patria! ¡Qué dulce es regar sus fronteras con nuestra sangre! ¡Qué dulce dejar tan bello ejemplo á sus conciudadanos! Acordaos del jóven Salazar vuestro compatriota y tal vez vuestro compañero. ¡Ah! ¡Qué gloria cubre su nombre! ¡Qué ejemplo el que os deja al bajar al sepulcro! ¿Pensais que ha muerto? No, él vive en nuestros corazones, y la Patria llorosa ha manifestado su ternura eternizando la memoria de este hijo querido.

Se dice comunmente que el soldado es esencialmente obediente, y se dice bien. *La ciega obediencia* á los jefes es el origen del orden y del acierto en guarnición y en campaña. ¿Qué puede esperarse de un ejército en que el General no cuenta con la docilidad de sus subalternos, y que no está seguro de ser obedecido? La más ligera falta en la obediencia trastorna el plan más bien concertado y origina desórdenes y males incalculables. Manda un General, por ejemplo, ocupar tal eminencia y tomar tal desfiladero, providencia esencial y sobre que apoya los grandes movimientos del centro y de las alas: si es oficial destinado para esta operación es tan temerario que falte á la obediencia, entonces el flanco se halla descubierto, el centro dominado, la derecha envuelta y la derrota es el resultado necesario de la falta de este oficial desobediente. A la derrota sigue la sangre de tantos infelices inútilmente derramada, el armamento perdido, los laureles marchitados y la Patria á dos dedos de su ruina. ¿Con qué pena se puede castigar este crimen? Jóvenes, obedeced siempre á vuestros jefes, aún cuando lo que os manden os parezca contrario á vuestra experiencia y á vuestras luces. Vuestras vidas, vuestra gloria, vuestro honor, vuestra Patria todo os manda imperiosamente obedecer en silencio y sin murmuraciones. Jamás, jamás censureis las providencias de vuestro General: no tengais jamás la loca vanidad de creeros más sabios, más profundos, más experimentados que los Capitanes que han encanecido en los ejércitos. Suponed siempre que en el jefe hay luces que vosotros no teneis, que el jefe tiene miras á que vosotros no alcanzais y que solo os toca obedecer. Acordaos que vosotros jamás respondereis de la suerte de una campaña y que siempre debeis responder de vuestra sumisión y de vuestra obediencia. Yo quiero, jóvenes, copiaros aquí las palabras de un oficial de mérito que pasó sus días en el servicio y que, mejor que nadie, conocía las malas consecuencias, no digo de una obediencia abierta sino solo de las murmuraciones de los subalternos respecto á sus

superiores¹. “El oficial particular, dice, y aún el simple soldado juzgan de las operaciones de sus jefes, y raciocinan conforme á sus ideas: deciden y condenan sin profundizar y sin saber los motivos que hacen obrar al General. Este defecto, que puede llamarse un vicio, es de los mayores que existen en los ejércitos. Si las maniobras que se les hacen ejecutar no se conforman con sus ideas, es de temer que se disminuya la confianza que la obediencia no sea entera y que sea seguida de las murmuraciones relajando la disciplina. La armada más numerosa, la más valiente y la más bella que habría hecho conquistas asombrosas, si no hubiera tenido murmuradores y si hubiera constituido un todo perfecto y sumiso, no es ya á la verdad sino la reunión de hombres valerosos, pero cuyas fuerzas se han evaporado por la desunión de las partes”.

El secreto, dice el ilustre Arzobispo de Cambray, *es el fundamento de la conducta más sabia y sin el que todos los talentos son inútiles*². Si el silencio y la reserva son tan necesarios en todas las condiciones y en todos los estados, lo son aún más en la profesión militar. *El secreto*, dice Turpin de Crisse, *es uno de los puntos más esenciales en la guerra, de él depende en gran parte el acierto de las empresas cuando son bien concebidas y manejadas con destreza*³. El oficial á quien el General descubre reservadamente un movimiento para su ejecución, le presenta una parte de su plan, y deposita en su pecho un secreto sagrado de que depende la suerte del ejército y la de la Patria. ¡Qué honor! Más ¡qué crimen revelarlo! El soldado que no sabe callar es semejante á un borracho que lanza cuanto ha bebido, es indigno de la noble profesión que obtiene y solo merece el desprecio de todos los hombres de bien. Jovenes, acostumbraos desde ahora á callar, *y que vuestro corazón sea un pozo profundo, de donde no se pueda sacar el secreto que os confió*⁴. Advertid que el hombre que habla demasiado, que nada reserva, que tiene en sus labios todo el interior de su pecho es como una plaza abierta que se le puede atacar por todas partes, es un insensato que pone el puñal en las manos de sus enemigos, es un vaso sin fondo que nada retiene y que para nada sirve. Refrenad vuestra lengua y despreciad esa satisfacción pueril de la locuacidad que os degradará siempre á los ojos de los hombres cuerdos.

La paciencia militar es aquella fuerza de espíritu para sobrellevar sin abatimiento y sin debilidad los reveses y los ultrajes de la fortuna... he hablado mal, y debo decir, las amarguras, las aflicciones con que el Señor de los Ejércitos quiera probaros, purificarnos y elevarnos, porque este Dios sabe elevar por las humillaciones. La paciencia nos hace dueños de nosotros mismos, y con ella poseemos nuestro corazón: la paciencia nos deja esta libertad de espíritu para combinar y para elegir el partido más conveniente en las extremidades afflictivas: la paciencia nos sostiene y no nos deja caer en ese desfallecimiento vergonzoso que

¹ Turpin de Crisse, tomo 1º. de sus Comentarios.

² Telémaco, libro 1º.

³ Tomo 2º. página 9 de sus Comentarios.

⁴ Fenelón, libro 10.

parece desesperación. Que granice, que truene, que la sed, el hambre, la desnudez le oprima, que marche sobre las arenas abrasadoras de la Libia, ó sobre los hielos de la Laponia, firme, inalterable el soldado paciente conservará tranquilidad interior, un semblante risueño, vencerá los elementos y adquirirá gloria; sí, gloria porque *la gloria no es debida sino á un corazón que sabe sufrir los trabajos y despreciar los placeres.*¹

Jovenes, más grandeza de alma se necesita para sufrir con paciencia las privaciones frecuentes de una campaña, el mal humor y la delicadeza de los compañeros, las durezas y sinrazones de los jefes, que para arrostrar al enemigo, atacarlo y vencerlo. Vosotros vereis en los ejércitos á donde os mande vuestra Patria, soldados que han saltado una trinchera, tomado una batería formidable, que mil veces han expuesto generosamente su vida, los vereis tambien cubiertos de cicatrices gloriosas y mutilados sus miembros por la mano enemiga; pero vereis pocos, ¡ah! tal vez no vereis uno que olvidado ó pospuesto, no murmure con rabia y con despecho; no vereis uno que no deteste la carrera de las armas y aún conciba proyectos temerarios para vengarse de un Jefe orgulloso y duro; en una palabra, no vereis uno que sea digno de la gloria por la paciencia habiendo muchos que lo son por el valor. La paciencia fué el objeto favorito de todos los filósofos de la antigüedad; ellos conocian que sin paciencia el hombre es una fiera temible, capaz de todos los excesos como de todas las bajezas. Un corazón impaciente es una bomba pronta á estallar á la más pequeña chispa que la toque; es la caja de Pándora que abriga todos los males y que derrama el veneno que oculta á la más ligera resistencia. ¡Qué debilidad! ¿Y se creará héroe el soldado que victorioso en el campo de batalla no puede llevar con paciencia á la sombra de su tienda una burla picante de su camarada? Imbécil, miserable y pueril es el hombre que no sabe sufrir con paciencia las adversidades de su vida.

El *celo* es tan necesario al soldado como la paciencia. Desde el tambor hasta el General todos necesitan de esa virtud activa y generosa, que da vida á todas las operaciones militares, con sólo una diferencia, que la actividad y el fervor crecen en razón del grado y de la autoridad. El simple soldado será exacto y celoso, si hace bien sus centinelas, si maniobra con destreza, si cumple con las ordenes de los Jefes: el oficial que circunscribiese su celo á este pequeño círculo sería un mal oficial, porque sus obligaciones crecen á proporción que se eleva sobre los demás. ¿Qué diremos del celo de un General? Cuanto más grandes más delicadas y difíciles son sus obligaciones, tanto más activo é infatigable debe ser su celo. El soldado vela solamente sobre su persona, el Sargento sobre su escuadra, el Capitán sobre su Compañía... y el General sobre un Ejército. La suerte de 20, de 50, de 200,000 hombres está en sus manos. ¡Qué actividad no exige su dirección y su gobierno! Estudiad, jovenes, vuestras obligaciones presentes y llenadlas con celo: cuando la Patria premie vuestros conocimientos y vuestras virtudes, cuando os vayais elevando por los grados

¹ Fenelón, libro 1º.

militares, sabed que dilatando vuestra autoridad se dilatan también vuestras obligaciones: estudiadlas, cumplidlas con celo ardiente. El soldado sin celo es una masa pesada que no se mueve sino á golpes, es como las aguas sin declive que no corren, que se estancan, que se corrompen, que léjos de servir á los usos de la vida envenenan al desgraciado que las toma. Desgraciado el Estado que confía el mando de sus fuerzas á un General en quien falta esta virtud: él pagará caramente su imprudencia: él verá relajarse el orden, perderse la disciplina: él verá que la cobardía, la pereza, el ocio, la voluptuosidad, el juego, la embriaguez, y todos los vicios se apoderan con la rapidez de la llama de todo el Ejército: él verá que un puñado de hombres activos y virtuosos degollarán sus tropas aunque numerosas: él, en fin, verá disolver todas sus partes y terminará por extender sus brazos, para que le remache las cadenas el vencedor. Jóvenes, acordaos de Leonidas, de las Termópilas, de Jerjes, y concluid que el celo militar es esencial en todos los hombres de guerra.

El celo debe ir acompañado de *vigilancia* para que obre todos sus efectos saludables. El buen soldado vela sobre sí mismo primero para poder velar después sobre sus subalternos. El que falta á sus deberes ó los pospone, el que descuida, no puede exigir vigilancia de los demás. Es necesario enseñar con el ejemplo: ésta es la más urgente y la más imperiosa de todas las lecciones. Todas las lecciones son ineficaces si no van acompañadas del ejemplo. ¿No provoca nuestra risa oír aconsejar la sobriedad al glotón y la moderación al ambicioso? Tal es el primer sentimiento de nuestro corazón para con el hombre corrompido que nos exhorta á la virtud. La burla seguida del desprecio y de la indignación son los efectos naturales de un criminal que nos reprende sus propios delitos. El inferior calla, es verdad, pero ¿qué dice en el silencio de su pecho? ¡Infame! Repite en el mismo momento ¡Infame! ¿Ultras la virtud y nos exhortas á amarla? ¿Duermes tranquilo bajo de tu tienda y quieres que nosotros velemos sobre el enemigo? ¿Te entregas al ocio, al juego, y otros vicios vergonzosos, y hemos de velar nosotros sobre la trinchera? Jóvenes, ántes de mandar dad ejemplo. ¿Se trata de levantar una batería? Tomad vosotros los primeros la azada y después mandad con toda la autoridad de vuestro grado y sereis obedecidos sin réplica. ¿Se verifica una marcha difícil? Id vosotros delante, sed los primeros en los sufrimientos y tendreis soldados obedientes y fieles. Velad más sobre operaciones que sobre la de vuestros inferiores, bien persuadidos que nunca dareis más impulso ni energía á las operaciones bélicas que cuando arengueis á vuestros soldados no con palabras sino con el ejemplo. Si aborreceis el trabajo y los peligros, no espereis que vuestra tropa los arrostre: si dormís á la sombra del pabellón, no creais que el subalterno vele por más que exhortéis, amenaceis y aún castigueis. Pero si sois los primeros en las fatigas ¿qué soldado dejará de acompañaros? Todo se reanima, todo adquiere un calor y una energía indecible si el superior obra el primero.

Sin *vigilancia* es perdido un ejército. ¿Cuántos sabios Generales no han sido abatidos por sola esta falta? Si yo os abriere ahora los anales de la historia vosotros veríais que Federico mismo, el guerrero del siglo XVIII, fué sorprendido en su mismo campamento, y que percibió al enemigo cuando la bala de un cañón rompía las tiendas de su ejército. Es verdad que en esta ocasión se salvó por su admirable disciplina; pero ¿en qué peligro no puso á la Prusia este pequeño descuido? Si alguna vez teneis mando, jovenes, si os hallais al frente del enemigo, velad sin casaros, velad de días y de noche, que ningún otro objeto os ocupe fuera de la observación del enemigo para penetrar sus intenciones y para que en ningún momento os halle desprevenidos.

Nada perjudica tanto el buen éxito de una campaña como las exageraciones en más ó menos de las fuerzas que tiene el enemigo, de su actividad, de sus marchas, de sus empresas... Un parte mal dado puede hacer variar todo un plan y puede perder un ejército. La verdad desnuda, jovenes, la verdad pura no debe caer jamás de vuestros labios: dejad el entusiasmo y las frases pomposas y floridas á los oradores y á los poetas: vosotros militares, hablad siempre la verdad con la simplicidad de niños, y cuando deis vuestros partes sea á sangre fría, pintando con la pluma lo que vuestros ojos han visto: no añadais nada, no quiteis: que vuestro amor propio no se mezcle en el servicio, y que no caigais jamás en la tentación de exagerar los peligros por aumentar vuestros padecimientos y méritos. La verdad pura, os repito, no debe caer de vuestros labios. Basta que la mentira sea mentira para que sea indigna de un hombre que habla en presencia del Señor y que todo se debe á la verdad. El que ofende á la verdad injuria á la Divinidad y se injuria a sí mismo. porque habla contra su conciencia.¹ ¿Qué honor puede tener el militar que ha llegado á degradarse hasta mentir? Indigno, no digo de la ilustre profesión de las armas sino indigno de contarse en el número de los hombres. Bajo, infame, abominable, solo merece el oprobio del género humano á quien deshonra. Huid, huid jóvenes de este vicio detestable, huid de toda exageración, huid de toda ambigüedad, y decid con valor la verdad aún cuando sea contra vosotros mismos. Si confesais vuestras faltas por amor á la verdad, con solo este acto de virtud generosa habreis desarmado á vuestros jefes, ellos os perdonarán con indulgencia, y lo que es más, ellos os amarán; porque la virtud no se puede ver sin ser amada.

No oigais nunca con pesar los elogios dados á vuestros compañeros de armas por sus bellas acciones: elogiadlas vosotros también, pero elogiadlas con discernimiento y con justicia para no dar en el vicio opuesto queriendo huir del primero. Elogiar sin medida pequeñas cosas con grandes palabras es ligereza, es lisonja, es mentir. Cuando deis vuestros partes militares después de una acción gloriosa, recomendad el mérito verdadero con energía: dad á todos lo que les toca de la gloria con una fidelidad escrupulosa, y no olvideis otras cosas que vuestras acciones. No digais jamás nada de vosotros mismos y abandonad este cuidado al

soldado, á la fama y á la fuerza de la verdad. La virtud debe recomendarse por sí misma y no por vuestra pluma. No habéis jamás de vuestros méritos: el que habla de sí mismo ventajosamente es un monstruo de vanidad y de impudencia en quien se han extinguido todos los sentimientos de la modestia. No oigais tampoco con paciencia los elogios de vuestros inferiores: cortad, tapad la boca que tenga la indiscreción y el atrevimiento de elogiaros en vuestra presencia. Un elogio descarado y directo es un insulto y no se puede corresponder sino con el desprecio. Temed, por otra parte, temed que estos elogios no sean sinceros sino adulaciones viles que van á corromper vuestro carácter y vuestro corazón. Detestad la adulación así para recibirla como para darla: el que tiene la debilidad de recibirla es como una caña que la doblega á todas partes el más ligero viento: el que la da es un impostor y el más vil de todos los hombres.

Ninguno puede ser grande en una profesión sin amarla. Amad la vuestra y hacedla amar de vuestros conciudadanos por una conducta noble, dulce y virtuosa. Apreciad á vuestros compañeros y honrad á todos los que llevan el distintivo de defensores de la Patria. No os imaginéis, como lo hacen algunos oficiales orgullosos, que el simple soldado es un sér tan inferior que no se puede comparar con ellos. No, jóvenes, no, el soldado tiene el mismo destino, la misma gloria: es á la verdad un sér obediente; pero es la esperanza de su Patria, es hombre y con solo esto merece los respetos del mismo General. Cuando seáis oficiales no degradeis al soldado, no lo envilezcáis con vuestro trato y con vuestros desprecios, y sabed que envileciéndolo envileceis vuestra profesión y arrancais, con traición de vuestra Patria, del corazón del soldado todos los sentimientos elevados y generosos que pueden producir grandes acciones. El soldado es vuestro compañero, el soldado corre vuestros peligros, y él es el juez incorruptible y el testigo de vuestro valor. Si falta á sus deberes castigadlo con toda la severidad de las leyes militares; pero sin humor, sin ultrajes y sin injurias. Desterrad ese *palo* infame que hasta ahora se ha usado entre nosotros como oprobio de la más noble de todas las profesiones. Me lleno de indignación cuando me acuerdo que hay oficiales que olvidando lo que se deben a sí mismos y lo que deben al hombre, castigan públicamente la menor falta en una evolución con este instrumento degradante. Así insultan á la faz de los pueblos á los defensores de la Patria. ¿Qué idea concebirán éstos de unos hombres tan bajamente envilecidos por los mismos que debieran inspirarles honor y la elevación de pensamientos? ¿Qué idea formará de sí mismo y de su profesión el soldado que se ve ultrajado como un delincuente en la mitad de la plaza? Y después de estos baldones ¿se pedirá el sacrificio generoso de su vida á un autómatas envilecido y degradado hasta confundirlo con los brutos? Léjos de rebajar el espíritu del soldado con unos tratamientos tan indecorosos debéis, jóvenes, elevarlo, y hacerle concebir una alta idea de su profesión y del destino glorioso á que le consagra la Sociedad: debéis exhortarlo á obrar conforme al honor: debéis, y esto es lo esencial, hacer aprecio del

¹ Fenelón, libro 1º.

soldado, agasajar al exacto en el cumplimiento de sus obligaciones, admirar las cicatrices de las heridas recibidas en el campo de batalla, mostrarlas á los demás, y recomendar su imitación: distinguid al veterano aguerrido, y miradlo como un resto precioso en que apoya la Patria, el orden, la disciplina y la victoria: conversad con frecuencia con estos hombres respetables: hacedles contar sus campañas y sus proezas, y vosotros, instruyendoos en circunstancias que no están en la historia, recibireis lecciones importantes. Amad al soldado, miradlo como vuestro amigo, socorredlo y consoladlo. Vosotros llenareis un deber, y el fruto de esta virtud será hacerlos amables.

Notad bien, jóvenes, estas dos últimas palabras *hacerlos amables* ¡Ah! El celo, la vigilancia, la paciencia... todas las virtudes militares os van á hacer insuficientes en los críticos momentos de una batalla, si vuestros soldados no os aman y si no tienen un interés en vuestra conversación y en vuestra gloria. Una conducta orgullosa y dura, que desprecia, que mira con desdén, y aun con olvido la suerte del subalterno, os atraerá infaliblemente el odio de vuestras tropas. Una conducta dulce, moderada, benéfica, oficiosa sin dejar jamás la dignidad del oficial, es la única que os asegurará el respeto y el amor del soldado. Algunos insensatos, ó crueles por carácter creen que el terror, la severidad, el castigo, los calabozos y el suplicio les aseguran su autoridad, y les dan un ascendiente poderoso sobre la tropa. Sí, es verdad que á su voz todos callan, todos marchan para evitar los ultrajes que les amenazan de cerca: pero ¿con qué disposición de corazón? La rabia, el odio, un despecho secreto, son los sentimientos en que rebosa el alma del soldado, y solo espera el momento favorable para deshacerse de su opresor. Jóvenes, para hacerse temer no se necesitan talentos ni virtudes: los tigres hacen temblar las selvas, y los Nerones y Calígulas solo necesitaron de vicios para aterrar al universo. *¡Qué maxima tan detestable es la de creer hallar su seguridad en la opresión de los pueblos! No ilustrarlos, no inclinarlos á la virtud, no hacerse amar, llevarlos por el terror hasta la desesperación, ponerlos en la espantosa necesidad, ó de no poder jamás respirar en libertad, ó de sacudir el yugo de vuestra tiránica dominación. ¿Es este el verdadero medio de mandar sin turbación? ¿Es este el camino que lleva la gloria?*¹ No, jóvenes militares, no: yo os aconsejo todo lo contrario, y os digo con un grande hombre: *Dichoso el oficial que hace la felicidad de sus soldados, y que halla la suya propia en una conducta moderada y virtuosa: él los liga con un lazo, cien veces más fuerte que el del temor, este es el amor. No solo le obedecen sino que le obedecen amándolo: él reina en sus corazones, y bien lejos de pensar en deshacerse de su jefe, temen perderle y sacrificarán su vida por él*².

No temais jamás, jóvenes, que la serenidad de los castigos, el celo por el orden y por la disciplina debiliten en el corazón del soldado el amor de sus Jefes. El soldado distingue bien la justicia de la crueldad,

¹ Fenelón, libro 6º.

² Fenelón, libro 1º.

el mal humor de la razón, la impetuosidad del celo, y la virtud del vicio. El soldado distingue mejor que nadie las grandes virtudes de Epaminondas de los vicios de Temístocles: admira la clemencia de Alejandro con Sisigambis, y lo detesta cuando clava el puñal en el seno de sus amigos. El amor al orden, el respeto á las leyes os harán mirar siempre con sumisión de vuestros inferiores los que admirando vuestra firmeza, elogiarán siempre vuestra humanidad, vuestra dulzura y vuestras bondades.

Si á todos los hombres conviene ser desinteresados, con superioridad de razón lo deben ser los hombres de guerra, que solo viven, que solo respiran honor y elevación de sentimientos en todas las operaciones de la vida. ¿Qué cosa más sórdida, más limitada, más baja que el amor de las riquezas? La avaricia es una fuente fecunda de vicios abominables, vicios incompatibles, no digo con la naturaleza de vuestra profesión sino aún con la honradez del hombre más oscuro de la sociedad. La avaricia comenzará por sembrar en vuestro corazón la desconfianza, será seguida de las sospechas, de las inquietudes, de los manejos bajos, de las vilezas, de la crueldad y de todos los delitos. Desgraciado el hombre que dió entrada en su alma á esta hidra detestable: él es infeliz, y hace infelices á cuantos le rodean. No conoce la paz, los placeres inocentes, la dulce amistad, y lo que es más, no puede sentir el gozo inefable de hacer bien, gozo que el cielo reserva solamente para aquellas almas privilegiadas que pisan el oro y las riquezas. Acordaos, jóvenes, de Epaminondas, sobre quien nada pudo el oro de los persas, y que pobre, modesto, prefirió la virtud pura á todas las grandezas del Asia. Este tebano que hizo temblar á Lacedemonia, que elevó á su patria á un rango inesperado, que fué la admiración de su siglo y que hoy es el modelo de los grandes Capitanes no tenia dos mantos. Acordaos de Curio, Fabricio; los vencedores de Pirro que comian en platos de greda: acordaos de Camilo, de Cincinato, Régulo, Emilio... *Acordaos que la moderación y la inocencia de los Generales romanos fué la admiración de todos los pueblos que vencieron*¹. Estos son, jóvenes, vuestros modelos: estudiadlos: llenaos de las mismas máximas que llenaron sus corazones cuando vivos, despreciad las riquezas que corrompen el alma, amad la pobreza, la santa pobreza, esta pobreza que os hará justos, nobles, virtuosos, y la única que puede haceros independientes y libres.

Jamás, jóvenes, desesperéis de la salud de vuestra Patria, sea la que fuese la extremidad en que se hallen sus armas y sus tropas. Un corazón más grande que todos los peligros, y una alma firme incontrastable, incapaz de ceder á los reveses de la guerra, debe sosteneros en todos los momentos de vuestra vida. Vuestra firmeza debe ser el baluarte más robusto del Estado, y debe ser más temido de los enemigos de la Patria que el cañón y la espada. Esta virtud hace á los héroes y distingue á los grandes Generales de los comunes y adocenados: esta virtud os mantendrá con dignidad bajo la cuchilla del enemigo, y os dará triunfos en el seno mismo de las derrotas. Ved en la historia del pueblo romano la gloria de

Terencio Varro desbaratado, sí, desbaratado por los enemigos; pero que jamás desesperó de la causa de la República: *vencer ó morir*: hé aquí la divisa de Roma, hé aquí la vuestra. Manteneos en los grandes reveses con un corazón más firme que en las prosperidades: no os abatais en las desgracias: no os aterreis en los infortunios: á un corazón heróico no faltan recursos y sabe reponer lo perdido con nuevos resplandores de gloria. Grandes en la adversidad, modestos en la fortuna próspera, mantened siempre una alma igual y digna de un soldado generoso y firme.

Sed modestos en vuestro vestido: que nada os falte de lo que prescribe la ordenanza en vuestros uniformes; pero que nada os sobre. Huid de toda afectación y de todo lo que indique esmero y un cuidado excesivo por la moda. *El jóven que ama, dice Fenelón, adornarse como una mujer es indigno de la sabiduría y de la gloria: la gloria no es debida sino al corazón que sabe hollar los placeres, y sufrir con firmeza los trabajos*. No os ocupeis del corte de vuestra casaca, ni del aire con que debeis llevar el sombrero: vuestras almas están destinadas á cosas más dignas y más elevadas: Patria, honor, virtudes, vastos conocimientos en el arte de la guerra... Hé aquí lo que os debe ocupar y á lo que debeis aspirar con todas vuestras fuerzas.

Que en vuestra mesa reine la frugalidad, que vuestros alimentos sean sencillos, sanos, sustanciosos: así conservareis vuestras fuerzas y una salud robusta: no os envenenareis con esas composiciones exquisitas que no producen otra cosa que enfermedades, molicie y delicadeza, cualidades todas ajenas del hombre que por profesión debe ser vigoroso y saber sufrir con alegría todas las privaciones de una campaña.

Que vuestro lecho sea ligero y duro: separad de vosotros la blandura, y todo lo que pueda alterar la simplicidad de la sabia Naturaleza. Acostumbraos á levantar la venida de la luz: no durmais más de lo que exige la necesidad: acordaos de Alejandro de Macedonia, de su vasija y de su bola de metal.

Sed parcós en la bebida, y yo quisiera que solo gustáseis de la agua pura, dejando el vino y los espíritus para curar vuestras enfermedades.

El juego... huid de este cáncer temible que va á destruir vuestra salud y vuestras costumbres. Detestad el juego, desterradlo de vuestros inferiores, si quereis ser soldados dignos de pasar á la posteridad.

Solo me resta, jóvenes, hablaros de un vicio de quien quisiera que ignorarais aún el nombre. La corrupción de nuestro siglo ha llegado hasta el punto de mirar la obcenidad y todos los horrores de la torpeza como característicos del soldado. Tanto hemos degenerado de los siglos inocentes de nuestros padres. En esos tiempos afortunados, el hombre de guerra era austero y huía de todo lo que pudiera ablandar su carácter varonil. Sus placeres eran los ejercicios militares, y sus delicias el honor y la amistad sincera: sus conversaciones la historia de los hombres grandes y las virtudes de los héroes. Nobles, fieles,

¹ Bosnet, Historia Universal

puros, castos... sabían sostener el honor de su Patria y de sus armas sin debilidad y sin afeminación. Hoy... ¡Ah! voy á decirlo con dolor. La boca del soldado no se abre sino para vomitar palabras que hacen estremecer á la virtud. Su aliento es mortal y envenena el aire que le rodea: su pecho es una cloaca que exhala vapores apestados que llevan la desolación y la muerte á todos los lugares á donde alcanzan. Sus reuniones son para concentrar el vicio y para exhalar más las pasiones: sus movimientos solo respiran la impureza más descarada: ellos se burlan de las almas virtuosas, y hacen oprobio del pudor: su conducta privada, sus relaciones secretas... Permitidme, jóvenes, que extienda un velo denso sobre esas abominables: yo faltaría la respecto que os debo, si prosiguiese describiendo las costumbres del soldado que el mundo corrompido llama culto. No hablo de las tropas de la República, que colectadas de gentes inocentes aún no han llegado á este punto de maldad y de torpeza: yo hablo de otras que no quiero nombrar.

Por lo que mira á vosotros, jóvenes, que estais en la edad más terrible de la vida, edad de insensatez y de locura, edad en donde las llamas de las pasiones forman incendios y torbellinos horribles, en donde la voz de la razón apenas se oye, en donde todos los placeres de los sentidos ocupan el lugar de la religión y del honor: edad triste, edad cercada de peligros y de escollos, edad que hizo exclamar al más bello poeta del siglo XVIII en la boca de Telémaco: *¡Oh desgraciada juventud! ¡Oh Dioses! ¿Para qué hacer pasar al hombre por esta edad que es el tiempo del delirio y de la fiebre ardiente? ¡O! ¿Qué mi cabeza no esté cubierta de canas? ¿Que aún no me halle cerca del sepulcro? La muerte me sería más dulce que las debilidades vergonzosas en que me veo.* Vosotros, repito, que os hallais en esa edad peligrosa, oid la voz no de un jefe que os manda sino la de un tierno padre que os aconseja. Huid, huid de toda sociedad impura: huid,, huid más que de los escollos y de la muerte de contraer amistades peligrosas: huid, yo no me cansaré jamás de aconsejaros la fuga: huid, este vicio no se vence sino huyendo: contra este enemigo, el verdadero valor consiste en temerlo y en huir, y huid sin deliberar y sin volver á mirar atrás: huid más que de la peste y de la víbora de esos jóvenes disolutos que solo viven para engendrar la sociedad. Sed puros, jóvenes amados, que no salga de vuestras miradas sean modestas, que la compostura reine en vuestros vestidos y en vuestras acciones: que vuestras amistades sean con gentes que os den ejemplos de virtud: conservad la inocencia de vuestra primera edad: mantened vuestro corazón limpio: amad la virtud pura: preferidla á todas las delicias de los sentidos: domad vuestras pasiones, refrenad con un valor heroico los ímpetus de la Naturaleza, y sabed que aunque venzais en el campo de batalla, sereis siempre unos cobardes si no sabeis dominaros á vosotros mismos. El héroe, el verdadero héroe es el que sabe contener sus deseos, sus estímulos y sus pasiones. El Czar Pedro lloraba porque había vencido á Cárlos XII, y no había podido domar los accesos de su cólera. ¡Ah jóvenes militares! ¡Hijos míos! permitid que yo os dé este dulce tratamiento cuando os hablo de preservar vuestro corazón de la más cruel y tiránica de todas las pasiones. Mis entrañas se estremecen

cuando imagino que podeis precipitaros en los abismos del amor impuro: esta idea sola excita en mi corazón dolores crueles: *no padecieron más vuestras madres el día que os dieron á luz que yo cuando...*¹ hijos míos, amados hijos, asegurad las inquietudes de mi corazón: serenadme por medio de una conducta honesta, recatada y virtuosa. Recibid estos consejos por lo que ellos valen, aunque yo no sea digno de anunciaros estas verdades y ménos de recomendaros la virtud, yo que aún no la he sabido practicar.

Hasta aquí solo os he hablado como lo podía haber hecho un pagano en Roma ó en Aténas: os he dicho: *amad la Patria, adquirid una sólida gloria, sed valientes, fieles, generosos, humanos, activos, celosos, castos...* ¿Pero depende solo de vosotros el ser virtuosos? ¿Teneis en vosotros mismos el principio del bien, y la fuerza que engendra las virtudes? No, no os engañeis, jóvenes, esta fuerza está fuera de vosotros, y solo baja de las alturas sobre los corazones que la imploran. Imploradla vosotros todos los días de vuestra vida, y postraos delante del trono del Señor llenos de una humilde confianza y pedidle que os dé las virtudes, y que forme en vosotros unos soldados dignos de hacer la felicidad de la Patria en vida, y que más allá del sepulcro sirvais de modelos á la posteridad.

Poned toda vuestra confianza en Dios, y acabad de persuadiros que todo marcha acá abajo según las miras de su Divina Providencia. Victorias, batallas, derrotas, glorias, suerte de los Imperios, todo está bajo de su mano poderosa y todo se gobierna según su voluntad. Yo no puedo terminar mejor este Discurso que con la conclusión que dió el gran Bossuet en su Historia Universal. *Dios tiene, dice, desde lo más alto de los cielos la rienda de todos los Imperios: unas veces retiene las pasiones, otra les larga la brida y por este medio remueve al género humano. ¿Quiere hacer conquistadores? Hace marchar el terror delante de ellos, é inspira á sus soldados un valor invencible. ¿Quiere hacer legisladores? Envía su espíritu de sabiduría y de previsión y les hace poner los fundamentos de la tranquilidad pública. Conoce que la sabiduría humana es siempre corta por cualquiera parte que se le mire: la ilustra, ensancha sus miras y después la abandona á su ignorancia, la ciega, la precipita y la confunde en sí misma: ella se envuelve, se embaraza en sus propias sutilezas y todas sus precauciones se convierten en lazos. Dios ejerce por este medio sus juicios siempre infalibles. Él es el que prepara los efectos en las causas más distantes y el que da esos grandes golpes, cuya reacción va tan lejos... Así es que Dios reina sobre todos los pueblos... Solo él tiene todo en su mano: sabe el nombre del que existe y del que aún no ha nacido, que preside á todos los tiempos y que previene todos los consejos. Dios solo es poderoso, Señor de los reyes y Señor de los ejércitos.*

¹ Fenelón, libro 3º.

Suponed, jovenes, á un General lleno de todas las virtudes militares que os acabo de hablar: suponedlo lleno de honor, de fuerza, de fidelidad, de paciencia, de celo... suponedlo con el amor más ardiente de su Patria, dadle las mejores intenciones: pregunto ¿podrá con solo estas bellas disposiciones salvar á sus conciudadanos? ¿Podrá formar un plan de operaciones relativas al terreno, al carácter del enemigo y á las circunstancias? ¿Sabrá elegir su posición, hacerla fuerte y ponerse á cubierto de todo insulto? No hay que engañarse, jovenes, á las cualidades del corazón deben acompañar los conocimientos para ser un soldado perfecto. Aquél será virtuoso, será justo; pero al mismo tiempo ignorante y capaz de cometer los errores más groseros: él perderá á su Patria y le remachará las cadenas con todas las virtudes. Aplicaos, jovenes, al estudio de la guerra: aplicaos con toda la intención de vuestro genio: leed, medita, consulta y embebeos en la ciencia que va á ocupar vuestra vida, á grangearos gloria y el reconocimiento de la posteridad. Vuestra conducta militar va á ser hija de vuestro principios morales, de vuestros conocimientos: ella va á fijar vuestra suerte y la de vuestra Patria: en fin, acordaos de la célebre sentencia de Tito Livio, hablando de Camilo, el más ilustre guerrero de la antigua Roma. *La prosperidad, dice, de las armadas depende de la conducta de los que las mandan, y los grandes Capitanes hacen la fortuna de los Imperios.*

Ved aquí, jovenes, en pocas palabras á qué se van á reducir vuestros estudios en este curso militar. Se compondrá de seis tratados, sin contar con los preliminares de Aritmética, Geometría, Trigonometría, Algebra hasta el segundo grado y el conocimiento de la Parábola. El primer tratado será *la Arquitectura militar ó Fortificación*. Aquí aprenderéis á fortificar plazas y á cubrir la campaña: á atacar á un enemigo atrincherado ó en medio de muros robustos: aquí vereis las sublimes ideas de Vauban, Coehorn, Deville, Turpin,... para pelear y vencer á enemigos numerosos con un puñado de hombres que conocen su oficio por principios: en fin, aquí hallareis el medio de suplir la falta de hombres, de artillería y de fusiles, y dar fuerza á esta Provincia para resistir las invasiones europeas que nos amenazan. El segundo tratado será *la Artillería*. La delineación, el perfil, el molde, la fundición, torno, taladro, montaje de cañones, morteros, obuses y de todas las piezas que hasta ahora han inventado los hombres os ocuparán primero, y después seguirán el uso y los principios sublimes de la bombardería. El tercero será *la Arquitectura Hidráulica*. Canales, acueductos, molinos, esclusas, bombas, norias, toda la fuerza de las aguas aprovechadas será el objeto de esta tercera parte. La cuarta estará consagrada á *la Geografía militar*. Diseño, labado, signos de convención, golpe de ojo, planos y cartas militares de todo género llenará este tratado interesante. El quinto se ocupará de los principios de *Táctica* según las ideas elevada de Montecuculi y su digno Comentador. En fin, el sexto estará consagrado á *la Arquitectura civil*. Ella levanta templos al Señor, palacios á la autoridad pública, casas risueñas al ciudadano, construye puentes, calzadas, caminos para la utilidad general, y llena la vida de bienes y comodidades. Todos estos conocimientos son útiles y necesarios á un militar que debe despreciar esas

sutilezas estériles y solo ocuparse del hombre *porque la ciencia de sus necesidades y los medios de remediarlas es lo que hace verdaderamente sabios*¹.

Nosotros seríamos unos ingratos si comenzáramos el estudio de las ciencias militares sin hacer un tierno recuerdo del ilustre Corral, que fundó esta Academia, y de su digno sucesor que la aumentó con nueve plazas de Cadetes. Si faltásemos á este deber nos pareceríamos á la oveja que paste alegremente, sobre las colinas, sin reconocer la mano liberal que ha esparcido las gramas sobre los campos. No, jovenes, los conocimientos que vais á adquirir ahora, y con ellos la gloria que vais á conquistar, toda la debeis al vasto genio del Dictador, de ese hombre extraordinario que todavía lloramos, y cuya memoria durará mientras dure la República de Antioquia: vosotros la debeis también á Tejada, que ha fincado su gloria en marchar constantemente sobre las huellas de su predecesor. Apreciad estos bienes, jovenes, sabed que en toda la extensión de la Nueva Granada solo vosotros estudiáis la ciencia de Vauban, de Keller, de Belidor, de Blondel, de Trincano... y que mientras las turbaciones políticas hacen retrogradar los conocimientos en todas partes, vosotros os formais en silencio, y á la sombra del Gobierno humano, ilustrado y pacífico de Tejada.

¹ Pluche, tomo 14